

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES  
DE BARCELONA

ELOGIO

DEL ARQUITECTO

D. AUGUSTO FONT Y CARRERAS

(1845-1924)

POR

BUENAVENTURA BASSEGODA Y AMIGÓ

KL  
/10775

Universitat Autònoma de Barcelona  
Servei de Biblioteques



1500611188

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES  
DE BARCELONA

# ELOGIO

DEL ARQUITECTO

D. AUGUSTO FONT Y CARRERAS

(1845-1924)

POR

BUENAVENTURA BASSEGODA Y AMIGÓ

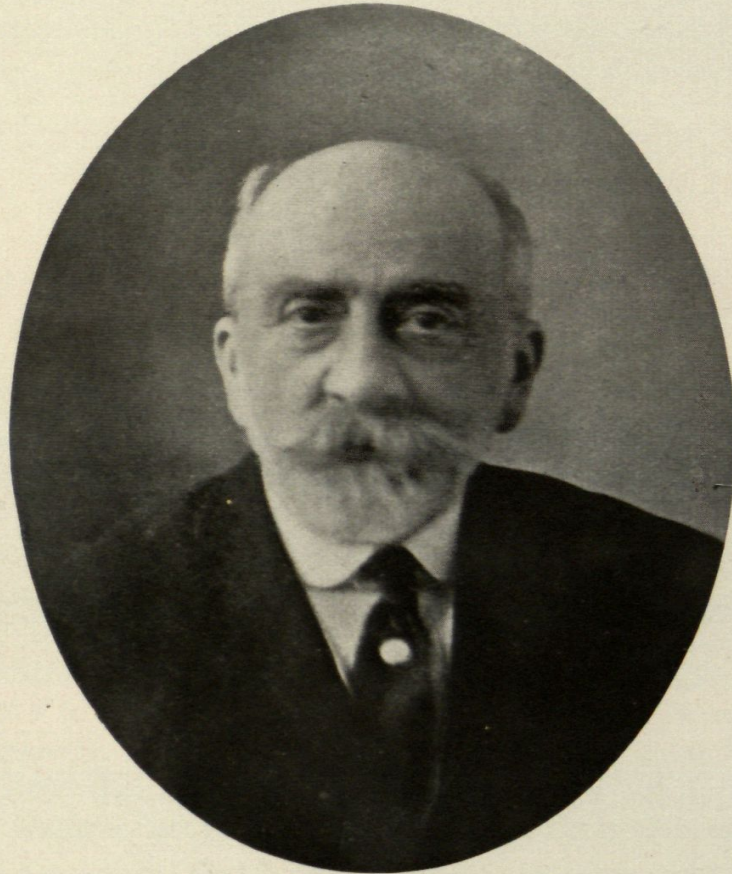


BARCELONA

IMPRENTA DE LA CASA DE CARIDAD

Calle de Montalegre, 5

1925



AUGUSTO FONT Y CARRERAS  
*Profesor de Teoría y Composición en la Escuela  
Superior de Arquitectura*

\* Barcelona, 2 de junio de 1845

† Barcelona, 6 de marzo de 1924

Excmo. Sr.;  
Señores Académicos;  
Señoras, Señores:

La huella que nuestra vida limitada deja impresa en los fastos de la humanidad, es levísima en relación con la eternidad del tiempo.

Semeja nuestra aparición a la vida, la de esos meteoros que llamamos bólidos o aerolitos. Aparecen como estrellas fugaces de poca importancia, aumentan en intensidad hasta dejar una estela tan luminosa que llega a dar valor y realce a los objetos dotándoles de sombras propias, y al caer, para penetrar en el seno de la madre tierra, carne de su carne, estallan violentamente, antes de su desaparición. Todo esto en pocos instantes. También el hombre al aparecer a la faz de la tierra se confunde con la inmensidad de seres, como él llegados a la vida en el mismo día, hasta que andando los años, que son algo menos que segundos en la vida del mundo, pueden llegar a adquirir brillo esplendoroso y deslumbrante, también por tiempo limitadísimo, al ponerse en contacto con la atmósfera terrenal. Y esa atmósfera, señores académicos, no es otra cosa que la cultura, la educación, el estudio, las ciencias, las artes, la gloria. De ese contacto atmosférico, de esa vertiginosa velocidad, de esa luminosa incandescencia, brota la lucecilla del genio en el cerebro de los elegidos. Mas, a la postre, todo se confunde en la sepultura. De barro se hizo al hombre, y al barro de la sepultura viene a dar con su cuerpo, en fuerte estallido, al sonar en el reloj de la vida su hora postrera.

Pero la caridad y la piedad humanas conservan esas visiones rápidas y fugaces de cada generación y se complacen en reme-

morarlas *verbum cordis* para ejemplo y enseñanza de sus contemporáneos. Así, en los cuerpos docentes en que se rinde culto al valer de los que nos acompañaron en nuestra labor fecunda se consagra, al par que una oración cristiana, un recuerdo vivo y palpitante de cuanto significaron, durante su lucha en esta vida mortal, para orientar a las generaciones que llegan por las augustas vías del trabajo y del progreso.

Toca hoy a esta noble Academia, que aun siendo de fundación real no ostenta este honroso título, recordar los merecimientos de uno de sus más prestigiosos componentes, que pudo, por designio providencial, compartir durante luengos años nuestras tareas. El ilustre académico don Augusto Font y Carreras fué algo más que nuestro compañero; fué una fibra vital de esta Academia de Bellas Artes, a la que dedicó todos sus amores, todos sus afanes, toda su constancia y una asiduidad tan grande que, a pesar de su edad proveya y su salud algo quebrantada por los sinsabores de la vida, asistió a esta casa, sin excusas ni intermitencias, hasta poco tiempo antes de sernos arrebatado a nuestra grata compañía.

Para hablaros de su talento y de los frutos de su ingenio artístico en esta solemnidad, habéis depositado en mí, señores académicos, vuestra confianza. Creo que hay desequilibrio entre el tema y el disertante respecto a los méritos del difunto arquitecto y los de su panegirista; pero espero que ello ha de desaparecer bajo el fuego de mi intensa veneración hacia la eximia personalidad, a la que conocí como escolar agradecido a los lauros que me tributara, y acabé queriendo como compañero de recto juicio y consejo siempre prudentísimo. Ahí tenéis la explicación de que no pueda achacárseme a exceso de vanidad el haberme resignado a vuestra designación. Creo que mi tarea ha de ser fácil limitándome al papel de cronista, y que he de decir más, hablando poco y bien pensado, que amontonando triunfos, que no otra cosa fueron los hilos de su larga carrera profesional.

\* \* \*

Dice un refrán popular que *No hay hombre sin hombre*, y así el recuerdo de Augusto Font ha de ir ornado y engrandecido con el epíteto de «brazo derecho y auxiliar adicto y fiel» del venerable arquitecto don Elías Rogent, la figura más preeminente de la Arquitectura ochocentista en Cataluña. Aunque viejo, no me fué dado asistir a la forja de esa sólida colaboración, mejor

aun, de esa sólida amistad, compartida por el maestro y el discípulo, pero, aunque en forma anecdótica, algo he podido recoger de cuanto a ella se refiere; pero permitidme antes que establezca escuetamente las fechas que señalan, además del principio y del fin de su existencia, las etapas más preeminentes de su actividad profesional.

Augusto Font y Carreras nació en Barcelona en 2 de junio de 1846 y recibió el título de arquitecto en 1869; murió el 6 de marzo de 1924, a la edad de setenta y ocho años.

Ya desde su infancia el nombre de Elías Rogent unióse al de su familia por la circunstancia de que ese señor, que llegó a ser gran maestro de toda una generación, fué alumno del aristocrático pensionado existente en San Gervasio, que se llamó «Colegio de Carreras», y que alcanzó una boga inusitada en la época en que nuestras relaciones con las Antillas labraron un gran número de cuantiosas fortunas a muchos catalanes y barceloneses, quienes, establecidos en Cuba o en Puerto Rico, mandaban a sus hijos adolescentes a tan reputado establecimiento de enseñanza. En él desempeñaba un cargo de confianza (por andanzas de la vida) el padre de Font y Carreras, así que éste fué alumno del Colegio donde conoció al otro alumno, ya hombre, Elías Rogent, iniciándose una amistad tan íntima que el señor Font (padre) no hizo ya nada más respecto a su hijo sin haberlo previamente consultado con Rogent. Convertido éste en asesor de la familia Font, va ascendiendo en su carrera de arquitecto hasta que es llamado a Madrid para dirigir las construcciones del Barrio de Salamanca, cuyo banquero dejó también en nuestra ciudad rastro de su efímera opulencia en los hotelitos del Paseo de Gracia, que todavía llevan su nombre, y de los cuales se conservan en pie tres o cuatro. Al trasladarse Rogent tuvo que instalarse allí por razón de sus frecuentes viajes, montando una casa, de la que, según parece, fué huésped el joven Font durante la época de sus estudios en la escuela de Arquitectura, pues no ignoráis que en aquella época no se había fundado aún la de Barcelona, de la que fué potente rodrigón la Academia que hoy nos cobija.

Supónese que ya entonces Font trabajaría ayudando a Rogent como auxiliar, cual lo hacían los maestros de obras Francisco Brosa y Bres y Vilademunt.

Como roboración de esa familiaridad entre las casas Rogent y Font puedo citar una anécdota aparentemente trivial, pero de resultados de la mayor transcendencia. En el año de 1852 Ro-

gent hizo un viaje a Montserrat llevando consigo a Font y una su hermana, que más tarde fué la señora de Rich, y, tan jóvenes debían ser ambos hermanos, que haciéndose el viaje en la única forma en que se hacía entonces, o sea en caballería por el atajo, les acomodaron en sendas artolas sobre un jumento de los que eran dedicados al transporte de viajeros. Durante su estancia en el Monasterio llegó a oídos de Rogent que el Rdo. Padre Abad tenía el proyecto de mejorar las condiciones de la plaza derribando la portada románica y la parte de claustro gótico que se había salvado del incendio. No fué corto ni perezoso el joven arquitecto Rogent, y entabló en seguida gestiones con el Padre Abad, quien, ya fuese por temor a la responsabilidad en que podía incurrir, ya por haberle convencido la argumentación del visitante, desistió de su idea, y gracias a ese pintoresco viaje podemos todavía contemplar hoy los preciosos vestigios del arte románico del siglo XII en la portada, y del gótico claustro del 1476 que comenzaron Jaime Alonso y Pedro Baset, de Barcelona.

En estas fuentes de intenso fervor arqueológico bebió Augusto Font las enseñanzas de su arte, fuera de la Escuela. Al lado de su maestro y mentor aprendió a respetar el sentido regional de la Arquitectura, pues fué Rogent quien, todavía alumno, echó al fuego de la estufa, en plena Escuela de Madrid, un ejemplar del *Vignola* como protesta contra el neoclasicismo. *E pur si muove*, y, a pesar de todo, en el primer cuarto del siglo XX nos ahogamos bajo esos bosques de columnas que a diestro y siniestro, vengan o no a cuento, nos prodigan los modernistas irreducibles, que si de algo pecan es de no conocer lo suficiente las reglas y las proporciones del autor italiano que hizo revivir el *Tratado de Arquitectura* del tiempo de Augusto, y del cual no hicieron más que maldecir en su juventud.

A tal maestro tal discípulo. Pero Rogent no se contentó con tener como a tal a Augusto Font, antes bien, le quiso a su vez como maestro de la naciente Escuela de Arquitectura barcelonesa.

De sobra conocéis los orígenes de las enseñanzas de la arquitectura en nuestra ciudad. Su iniciación tuvo lugar merced al noble rasgo de la inolvidable Junta de Comercio, en 17 de septiembre de 1817, en que fundó una clase de Arquitectura que confió al académico don Antonio Celles y Azcona, pensionado en Roma, quien desempeñó ese cometido, que ya se comprende que debía ser individual y, por tanto, restringido, hasta diciembre de 1835, en que fallece dicho profesor, cuyos fueron los

proyectos de las iglesias de Carmelitas Descalzas, en la calle del Hospital, y de los PP. Escolapios, de Sabadell.

Substituído interinamente por don José Casademunt, de buena memoria, que es nombrado en propiedad por la Junta en 1842, a las gestiones del mismo débese el desdoblamiento de las enseñanzas que, por haber el Gobierno de Su Majestad, en 1845, reglamentado la enseñanza, estableciendo la Escuela especial de Madrid, pierden pronto su importancia, convirtiéndose en la Escuela de Maestros de Obras de Barcelona, que ya no depende de la referida Junta de Comercio. El profesorado de esa nueva Escuela componíase de don José Casademunt, de su discípulo Elías Rogent, Francisco del Villar y Lozano y Juan Torras.

No puedo extenderme en esa digresión, pero debo citar la creación de la Escuela de Arquitectura de Barcelona en el año 1869, de la cual fué nombrado profesor don Antonio Rovira, y cuya dirección encomendóse a Elías Rogent, de temperamento esencialmente didáctico y de un gran talento de organización. Rodeóse el novel director, a más de sus compañeros del profesorado de la Escuela de Maestros de Obras, de una pléyades de jóvenes arquitectos recién salidos de la Escuela de Madrid, entre los que descollaban nuestro extinguido amigo, al lado de Luis Doménech y José Vilaseca. A todos ellos se les expidió el nombramiento de Profesor auxiliar, desempeñando Font la Cátedra de Topografía y mineralogía y química y algunas de las enseñanzas gráficas, como la de dibujo de conjuntos, acuarela y primer curso de proyectos. Si en la primera duró poco tiempo por resultarle algo difícil la explicación oral, en cambio se distinguió muchísimo en las del dibujo y colorido, porque era realmente un artista, y ya, desde que llegó de Madrid, tuvo una Academia preparatoria en que pudo practicarse a su sabor, y ya sabéis vosotros, señores que tenéis la bondad de prestarme vuestra atención, cuán gran verdad es el aforismo inglés que dice que la práctica hace el maestro.

En la enseñanza de proyectos era realmente un profesor de cuerpo entero. Apenas si ponía la mano sobre nuestros dibujos, para no fomentar la pereza de pensar o para no malograr alguna idea que, si no era expresada adecuada o correctamente, revelaba contener el germen de algún elemento de belleza. Así, limitábase a hacer observaciones, algunas veces en tono humorístico, para atenuar, en lo posible, el rigor de la observación. Era un crítico sagaz, si los hay, que descubría, desde luego, el punto vulnerable de la composición. Enseñábanos a no mor-



tificar en vano el cerebro para trazar proyectos, «para salir del paso», como suele decirse, sino que todas las ideas debían tener por base la lógica, a las que luego había que revestir con formas adecuadas y resistentes en lo menester. Para nosotros, pobres principiantes, eran siempre rayo de luz sus observaciones, y mucho más cuando tomaban la forma de un chiste o caricatura, en cuyo caso la idea del ridículo hacía asomar a nuestros rostros el más encendido rubor. Permitidme que, a guisa de incidente, y sin ánimo de malograr la seriedad de este acto, os cite una escena de que fui testigo. Un compañero estaba desarrollando un proyecto de Escuela de Artes y Oficios. Como es natural, y nos sucedía siempre a los principiantes, le sobraba espacio, y en uno de los talleres, al lado del de dorado, no supo qué poner, y colocó el taller de plateado; pero como aun le faltase destino para otro sobrante, se le ocurrió la mala idea de destinarla a zapatería. Calló el profesor al pasar revista, y, con toda seriedad, preguntó : «— ¿A qué destina usted esta sala?» «— A taller de dorado.» «— Muy bien; ¿y esta otra?» «— A plateado.» «— ¿Y esta tercera?» «— A zapatería.» «— Hombre, ¿por qué no ponía usted zapateado, y hubiese venido en verso?» El alumno vió en seguida lo ridículo de su situación, y deseó que el suelo de la clase se abriese a sus pies.

En otra ocasión, en una obra en que intervenían diversas personas de una Junta, una de ellas se permitió, en su presencia, dar órdenes al encargado, en contradicción de las que Font le había anticipadamente comunicado. En vez de atajarle con una frase fuerte para hacerle comprender su inconveniencia, le dejó disparatar a su antojo durante largo rato, hasta que al fin, con toda seriedad, dijo : «— Está muy bien, pero, si le parece, lo haremos como yo mando.»

Celoso del orden en las clases, era a la vez muy bondadoso con los alumnos, de manera que se hacía cargo de nuestra edad y de la natural turbulencia del elemento escolar. Nótese que sus alumnos se encontraban en el comienzo de la carrera, es decir, de los diez y seis a los veinte años. Cuando penetraba en la vasta clase de dibujo y sorprendía una escena comprometida, como la ejecución de un concierto a boca cerrada bajo la batuta del compañero más filarmónico, se detenía un momento, pero se retiraba pronto para no perder la seriedad.

Recto y justiciero en los exámenes, teníamos la seguridad de que quien trabajase con provecho durante el curso, había de ver recompensada su laboriosidad, aunque en algunas ocasiones

hubiese sido sorprendido en flagrante delito de falta de ecuanimidad, para no llamarle otra cosa.

Así se explica la corriente de simpatía que siempre existió entre profesor y alumnos, por lo menos en la época a que yo me refiero; y que al salir de la Escuela conservásemos hacia él una respetuosa afección. Por lo que a mí toca, he de decir que ni como profesor, ni como compañero, tuve jamás rozamiento alguno con él, a pesar de que en no pocas ocasiones defendimos puntos de vista enteramente antagónicos. Cierto que siempre procuré separar de la defensa de mi criterio el menor asomo de desconsideración o falta de respeto; respeto a que era acreedor, tanto por su positivo valer como por su edad. Y él me lo agradeció en todas ocasiones.

Estas envidiables condiciones de su carácter se mostraban en todo su valor cuando actuaba de Jurado en alguno de los varios Concursos de Proyectos que se han celebrado en nuestra ciudad. Su nombre era ya garantía de imparcialidad y de indiscutible acierto, porque tenía un golpe de vista rápido y certero para apreciar desde el primer momento los defectos y las cualidades de los trabajos a su juicio sometidos.

Por todo lo que os acabo de manifestar adquirió como profesional un gran prestigio, gozando, a la vuelta de pocos años de ejercicio de la carrera, de una clientela numerosa y escogida, que se honraba haciéndole sus encargos, y quedaba, en general, complacida de su actuación. A ello contribuyó su gran laboriosidad, pues se entregaba en cuerpo y alma al desarrollo de los problemas que se le confiaban.

Recuerdo que en la Exposición Universal de 1888, de grata memoria y tan beneficiosa para la ciudad, el director general de las obras, Elías Rogent, a quien el inolvidable alcalde Rius y Taulet confiara tan difícil encargo, tuvo la feliz idea de subdividir el trabajo, repartiendo todos los proyectos hacederos entre profesores de la Escuela y arquitectos premiados en públicos concursos de la ciudad. A nuestro compañero Font correspondióle el de Palacio de las Bellas Artes, y aquél fué el primero que se entregó a la Junta directiva para su examen. Era gran conocedor de los estilos, especialmente del gótico catalán y del Renacimiento, y era muy fácil en sus composiciones, que acusaban siempre un criterio segurísimo y una mano firme y dócil a sus ideales. Tres grandes obras descuellan entre las muchas que le fueron confiadas, y todas llenas de dificultades y compromisos. Me refiero, en primer lugar, al refuerzo de la

cúpula del Templo metropolitano del Pilar de Zaragoza, problema constructivo que consultó con su venerable compañero Juan Torras, fundador del importante taller de herrería y construcciones metálicas. De labios de ese doctísimo profesor, miembro que fué de esta Academia, oí la manifestación de que, después de haber pedido a Font algún tiempo para pensar en el objeto de la consulta, y después de algunas noches de insomnio, tuvo que convenir en que el único modo de resolver el problema era el que había iniciado Font al pedirle su parecer.

Otro fué el importantísimo proyecto de restauración de la Catedral de Tarragona, que desarrolló con Elías Rogent y que mereció la aprobación superior con dictamen muy favorable. Y, finalmente, fué el tercero la terminación de la fachada de la Catedral de Barcelona, construyendo dos remates laterales con sendos chapiteles y terminando el majestuoso cimborio que dejó iniciado en el trascoro el obispo Sopera. Esta obra, que tuvo el privilegio de apasionar a todos los sectores artísticos de nuestra ciudad, fué, durante largo tiempo, objeto de profundos estudios, cálculos y ensayos por parte de Augusto Font, quien montó una oficina técnica, en la que se trabajó con ardor meses y años. De las excavaciones o calicatas para estudiar la estructura y la solidez de los cimientos de los gruesos pilares, resultó la aparición de los del antiguo muro de fachada y puerta principal del templo románico anterior al ojival de los siglos XIII, XIV y XV. Acompañó el proyecto de un luminoso y extenso informe por él redactado, que fué impreso con toda suntuosidad a costa de la familia de los herederos de don Manuel Girona. Esta Memoria nos explica cómo, para dar más esbeltez al conjunto, hubo que desmontar la arquería ciega del cimborio del obispo Sopera, numerando todos sus sillares y remontándolos sobre unos arcos y pechinas de nueva construcción. El andamiaje que exigió esta obra fué también un acierto de Augusto Font, y fué muy celebrado durante la ejecución de las obras. El mayor éxito de éstas, a parte del mérito artístico del proyecto, fué el no haber ocurrido ningún accidente desgraciado en el personal ocupado en las mismas.

Esta composición del maestro, examinada a la luz de un criterio imparcial y despojado de todo apriorismo, es bastante para honrar a un arquitecto, y demuestra en su autor un profundo conocimiento del estilo ojival catalán, al par que una técnica irreprochable por las grandes dificultades que ofrece el dotar a un templo, como nuestra Catedral, de un remate digno

y armónico, que ha de proyectar su masa sobre el inmenso espacio azul del cielo. Y ya sabéis, queridos compañeros, lo que esto significa.

Otra obra de arte religioso, aunque de menos enjundia, le fué encargada en los comienzos de su carrera, y es la nueva fachada de la iglesia de los Santos Justo y Pastor, cuyos méritos a la vista están, y, por lo tanto, creo inútil toda explicación acerca de ellos.

Permitidme que altere el orden cronológico en esta enumeración de las obras realizadas por nuestro eminente compañero, continuando en la de carácter religioso. Entre ellas ocupa un lugar muy preeminente la restauración y terminación de la iglesia arciprestal de Santa María de Villafranca, llamada la *Catedral del Panadés*, a cuya fachada gótica, apenas iniciada, tuvo que dar cima y remate, consiguiendo en la empresa otro éxito resonante, según parecer de cuantos inteligentes la visitan.

En nuestra ciudad proyectó y dirigió la grandiosa iglesia de la Casa Provincial de Caridad, en la que se resuelve el problema de dar lugar adecuado para asistir a las ceremonias a todo el gran número de asilados de las diferentes secciones, y que ha venido a satisfacer en Barcelona el problema de celebrar funerarias en un espacio mucho más desahogado que el que ofrecen algunas de nuestras iglesias parroquiales. En ella tuvo que aguzar su ingenio para lograr construir una iglesia grande con un presupuesto relativamente económico, cosa que consiguió por completo, renunciando a la cubierta abovedada, que exigía gruesos muros y contrafuertes, y adoptando la cubierta leñosa a dos pendientes, más ligera y muy típica de la arquitectura medieval catalana. El ábside, de planta semicircular y de sabor románico, es un gran acierto y produce magnífico efecto.

En nuestra Catedral proyectó y ejecutó el altar de San Raimundo de Penyafort, que ostenta un magnífico sarcófago que guarda parte del cuerpo del santo dominicano y cofundador de la orden mercedaria, que fué salvado de las ruinas de Santa Catalina en 1836, trasladado a Santa Marta, y que el obispo Martínez, de San Martín, cedió al Cabildo en 1846, por haber pertenecido al mismo. Debajo del nuevo altar-sepultura se colocó la cubierta del antiguo sepulcro, que ostenta la estatua en relieve del Santo. También se debe a Augusto Font el proyecto del vecino altar de San Pablo Apóstol, con la imagen en relieve del Santo Patrono, a cuyos lados tiene cuatro composiciones pictóricas de Bartolomé Ribó.

Otro altar proyectó para la capilla de San José Oriol, bajo los auspicios del llorado Cardenal Casañas, y en el altar de la Purísima Concepción el sarcófago que guarda los restos del obispo Sopera, que después de estar arrinconados en el triforio, desde 1847, y llevados luego al Archivo, en 1866, por la diligencia del capitular don Buenaventura Ribas lograron tener lugar decoroso en su emplazamiento actual.

Hay que consignar que bajo de la capilla de San José Oriol hay el panteón de la familia Sanllehy-Girona, que tiene su entrada por la capilla del claustro, que antes era de Todos los Santos. El panteón es también obra del arquitecto Font.

En otra capilla del mismo claustro, dedicada en su construcción a San Gabriel y la Anunciación de la Virgen, construyó el arquitecto Font el mausoleo de los mártires de la Independencia, por la que dieron su vida en 1809. Una hermosa iniciativa de don Manuel Mercader y don Andrés Garriga hizo realidad tan noble propósito, y ahí está el altar al que fué trasladado el Crucifijo que se veneraba en la iglesia de la derruida Ciudadela de Felipe V, por lo cual hoy se conoce esa capilla con el nombre de la del Cristo de la Ciudadela. Lo complicado del problema de las ocho sepulturas fué admirablemente resuelto por el arquitecto, que puso en la vidriera los escudos de los pueblos de origen de los religiosos Pou y Gallifa y los seglares Masana, Aulet, Navarro, Portet, Mas y Lastortras..., nombres que todavía se pronuncian con el temblor de la admiración. Obra de Font, en 1891, es la concienzuda restauración de la capilla de las Vírgenes, llamada modernamente de Santa Lucía, en la que se encuentra el sepulcro de su fundador Arnau de Gurb.

Una tan directa intervención en la Basílica le permitió estudiarla y conocerla, aun en los más ínfimos pormenores, así que, habiéndole correspondido la ponencia de las periódicas excursiones artísticas que de luenga fecha vino celebrando la Asociación de Arquitectos de Cataluña, eligió, para lugar de la visita, la Catedral de Barcelona, acerca de cuyas bellezas nos ofreció unos apuntes muy atinados, que figuran en uno de los volúmenes de monografías editadas por aquella entidad.

Otras manifestaciones del talento de mi biografiado pueden encontrarse en las construcciones privadas y públicas de nuestra ciudad. Entre estas últimas cabe señalar el Palacio de Bellas Artes de la Exposición Universal, que bien podemos llamar de Rius y Taulet, pues a tan digno ciudadano barcelonés hay que tributar ese homenaje. Durante más de siete lustros ha pres-

tado el edificio de Font, a que me refiero, señaladísimos servicios a la ciudad. En él se han celebrado inolvidables solemnidades artísticas, que tuvieron el privilegio de atraer a su interior grandes afluencias de público. Recordad las memorables Exposiciones de Bellas Artes, a las que concurrían, al lado de nuestros mejores artistas, las más prestigiosas firmas de los pintores, escultores y arquitectos europeos. La muerte sorprendió al autor del edificio, en trance de ejecutar un notable proyecto de reforma y restauración para convertirle en Museo municipal de arte moderno.

Y ya que de restauraciones hablo, cábeme señalar la que realizó en la Real Academia de Ciencias y Artes, en colaboración con nuestros compañeros los pintores Luis Masriera y Félix Mes- tres, del salón de actos recientemente inaugurado, y que merece grandes elogios de cuantos lo han visto. Otra obra emprendió, de este género, en la casa llamada de Cazador, que para mí tengo que mejor deberíamos llamar de la Condesa de Palamós, puesto que, según datos históricos, a dicha familia perteneció el edificio cedido a precario por el Estado a la Comisión de Monumentos y a la Real Academia de Buenas Letras.

Otro gran edificio se le debe : la plaza de toros llamada «Arenas de Barcelona», a la que dió el carácter meridional, imitando lo que muchos años antes hiciera en Madrid Ortiz de Villajos. Fiestas, las que allí se celebran, de origen oriental, buscó las fuentes de su inspiración en los monumentos árabes de Córdoba, Granada y Sevilla, saliendo muy airoso de su empeño, y puede citarse como modelo de buena disposición y adecuado carácter. Lo mismo puede decirse del Frontón barcelonés cubierto, que se instaló al lado del primitivo.

Otro edificio público se debe a su activo e inagotable lápiz. Me refiero al Seminario Pontificio de Tarragona, para cuya composición inspiróse en las augustas líneas del templo metropolitano, en cuyos aledaños se levanta. De una gran sobriedad de decoración, resaltan, al contemplar sus fachadas, como notas selectas, sus proporciones y la sencillez de sus líneas. Débesele, también, la restauración del edificio de los Comunes depósitos, para instalar la Caja de Ahorros en la manzana limitada por las calles de Jaime I, Hércules, Ciudad y Arlet, con un ángulo en la plaza de San Jaime. Para dicha entidad construyó los edificios Sucursales del Padró, de aspecto simpático y original; de San Pedro, reducido a una gran sencillez; de Nuestra Señora de Gracia, de estilo medieval, y de San Martín, adornando todos

ellos con las respectivas imágenes de los nombres de los barrios en que se hallan.

El temor de abusar de vuestra benevolencia pone un freno a mi pluma en esta somera enumeración. Así que no debéis achacar, señores académicos, a falta de méritos la brevedad de la reseña.

En el terreno de la arquitectura privada obtuvo igualmente éxitos envidiables : así en la restauración del Palacete del Rey Pedro III de Aragón, en Villafranca del Panadés, y en varios trabajos en Perelada para la familia Almar; luego, la casa señorial del Marqués de Camps; la del Marqués de Sentmenat; restauraciones en la del Marqués de Alfarrás; la del Marqués de Casa Brusí, a la que trasladó el patio y escalera de la antigua «Casa Gralla»; la casa de la familia Gallart, en la Rambla de Cataluña; y su villa o torre-palacio de Horta, en la finca llamada «Las Euras», en cuyos jardines y terrazas demostró sentir hondamente lo pintoresco; la casa de Ferrer y Mitayna; la torre de Bañeres; otra casa en la Ronda de la Universidad, las de Baxeras y Virella, en la calle de las Cortes, y su misma casa-torre de la calle de Marco Antonio, y una serie inagotable que no preciso porque es imposible no caer en omisión. También proyectó el Restaurant Martín y la primitiva *Maison Dorée*.

Como edificios religiosos de nueva planta recuerdo el convento e iglesia de los PP. Franciscanos, en la calle de Calaf; la continuación de la parroquial de Santa Ana, y la restauración del Real Santuario de la Bonanova, siguiendo la obra empezada por José Vilaseca, otro ilustre arquitecto fallecido.

En esta casa había restaurado el salón de actos, y en la vecina iglesia de Santa María terminó la torre del reloj y restauró la de las campanas, trasladando éstas a una espadaña provisional.

Digno es, en verdad, de señalarse el magno proyecto de restauración de la Catedral de Tarragona, que desarrolló por los años de 1886 a 1888 con su maestro y compañero don Elías Rogent.

En el concepto social, Augusto Font se hizo acreedor, en su larga vida, a los mayores elogios. De conciencia rectilínea, jamás se apartó de la vía que le señalara el cumplimiento de lo que él juzgara ser su deber. Así, en cierta ocasión, y en asunto muy sonado, tuvo que dirimir una discordia entre dos compañeros, representando intereses encontrados. Font se adhirió a la opinión de uno de ellos, con el cual no estaba ligado, en poco ni mucho, por la amistad ni por la gratitud. Eso indica que

fué un hombre bueno; un corazón de oro. Buen esposo, buen padre, buen cabeza de familia, fué su hogar templo de todas las virtudes. Y ahora permitidme copiarme a mí mismo citando unos conceptos estampados a raíz de su inesperada muerte. Dije : «Hombre de tradicionales y ejemplares costumbres, tenía la de asistir todos los años a las funciones de Semana Santa en la Basílica de Montserrat, buscando allí el recogimiento que su devoción echaba de menos en el bullicio ciudadano.»

«De trato ameno, poseía gran don de gentes, y trataba a cada cual como era debido. Sabía, en todo momento, conservar su prestigio usando para ello formas que no resultaran molestas.» Y en otro lugar : «Fué Augusto Font una personalidad eminente, que luchó para no perder la cabeza con locas ambiciones, permaneciendo siempre en discreta penumbra, que era el ambiente más grato a su modestia. Esta virtud parecía destilar de la punta de su lápiz, pues sus composiciones, bien sentidas siempre, correctísimas de dibujo y de colorido, hacían pensar en que el autor había temido llamar la atención indebidamente. Otros espíritus inquietos de esos que parecen llevar cascabeles en el traje, con lo mucho que él valía, no hubiesen dado paz ni a los cajistas, ni a los turiferarios de oficio.»

Hay que advertir que él no fué político, ni mucho menos. Eso puede explicar su modestia. Se presentaba a las luchas artísticas con toda naturalidad, tal cual era, como esas mujeres hermosas que sienten el temor de atraer las miradas de todos. En los comienzos de su carrera ganó un concurso para el monumento de los héroes de la guerra de Africa en 1860, y luego otro premio en el de proyectos para un edificio destinado a albergar las instituciones provinciales de enseñanza. La primera selección distinguió a Vilaseca y Doménech, Font y Román Prats. A los primeros fué encargado el desarrollo del proyecto definitivo.

La jubilación por edad, esa cruel disposición burocrática, le produjo un profundísimo disgusto, agravado por la coincidencia de una serie de graves contratiempos que supo resistir con perfecta resignación cristiana. Para quien no hubiese estado en antecedentes era el mismo de siempre : jovial, ecuánime, laborioso, afectivo; pero la muerte acechaba su presa y aprovechó una de esas dolencias que, aun calificadas de epidémicas, han tomado carta de naturaleza en nuestra ciudad, causando todos los años innumerables víctimas.

Mas, antes de su caída le fué concedido por la Divina Providencia presenciar una verdadera apoteosis en su honor, de



manera insospechada. Habíase organizado un banquete de arquitectos en honor de dos compañeros llamados a sentarse en los escaños consistoriales de la ciudad, por el título que ostentaban. Augusto Font, a fuer de buen compañero, adhirióse desde el primer momento al homenaje; y sin presumirlo siquiera fué llevado a la presidencia de la mesa, entre los nuevos ediles Madorell y Artigas. En la hora en que la expansión desata las lenguas, levantóse un joven proponiendo un aplauso en testimonio de afecto al viejo profesor de todo el centenar de arquitectos que le rodeaban. Ni que decir tiene que el aplauso fué formidable, especialmente cuando se levantó el ejemplar colega. Font no pudo articular más que algunas frases de gratitud, pero al ver de pie a toda aquella mezcla de dos, o tal vez tres, generaciones de arquitectos, tuvo conciencia de la majestad de su misión de toda la vida y le entró el escrúpulo de si había sido digno maestro de todos ellos. «— Perdón, dijo, aunque estoy orgulloso de vosotros, que habéis honrado con creces la Escuela de Barcelona, temo no haberos enseñado tanto como merecéis. Perdonadme; si más hubiese sabido, más os hubiese comunicado. Pero os lo dí todo...», y no pudo continuar porque el llanto ahogó sus últimas palabras... Tras esa ráfaga el bólido hundióse en el seno de la tierra. Al poco tiempo moría...

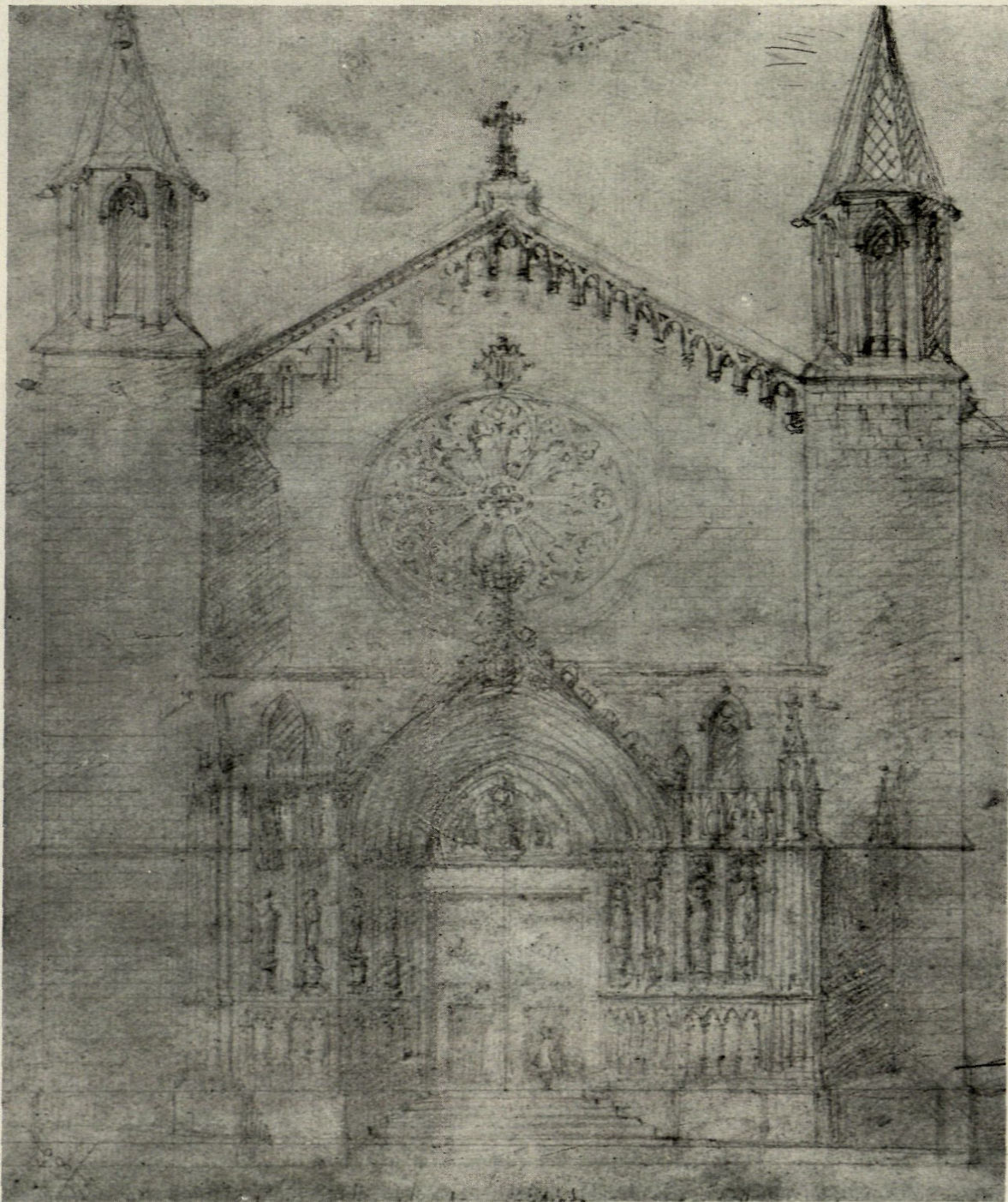
Perdonadme, también, vosotros, queridos compañeros, si las lágrimas que asoman a mis ojos, me obligan a poner punto a esas ligeras impresiones.

He dicho.

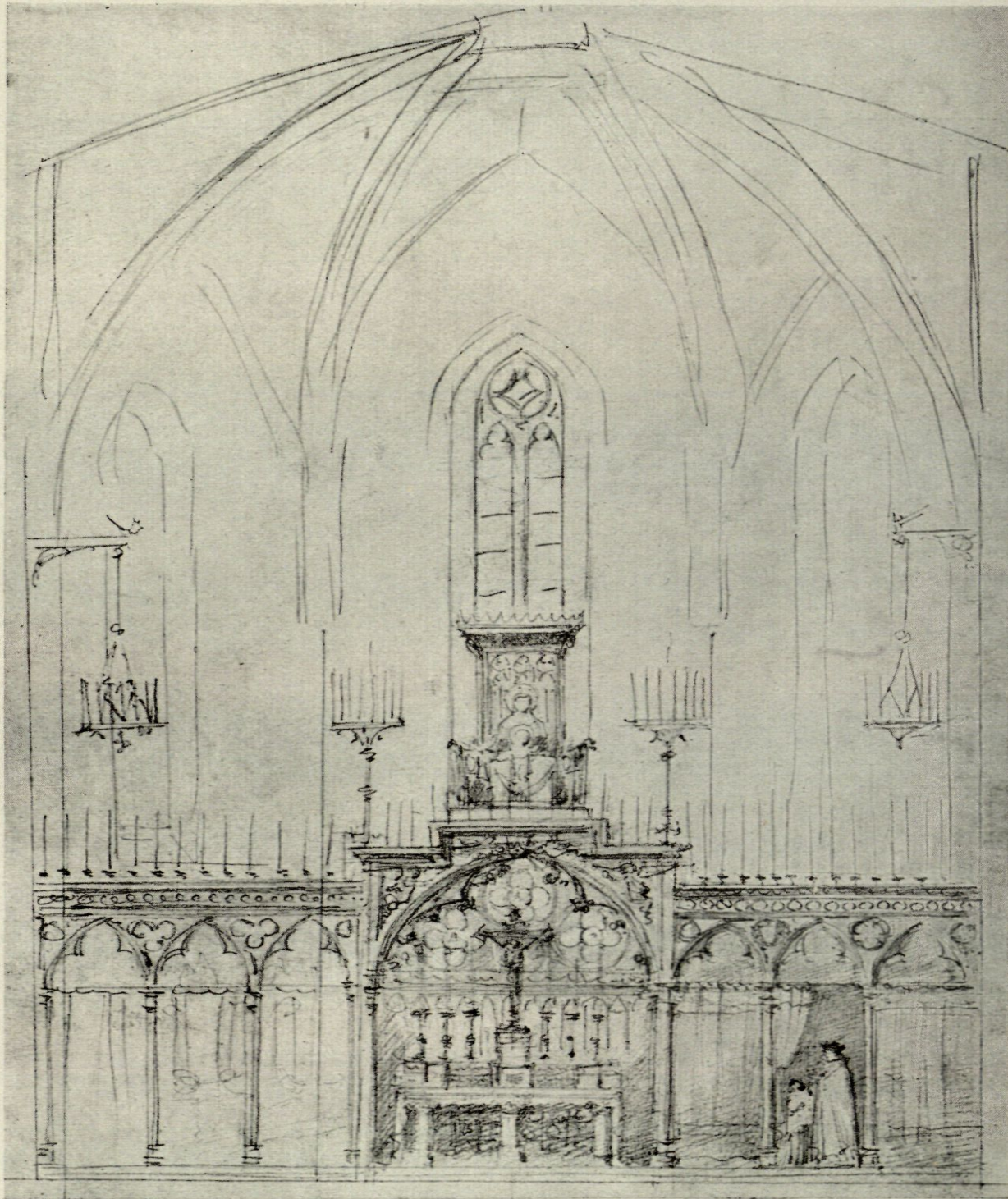
OBRAS DEL ARTISTA



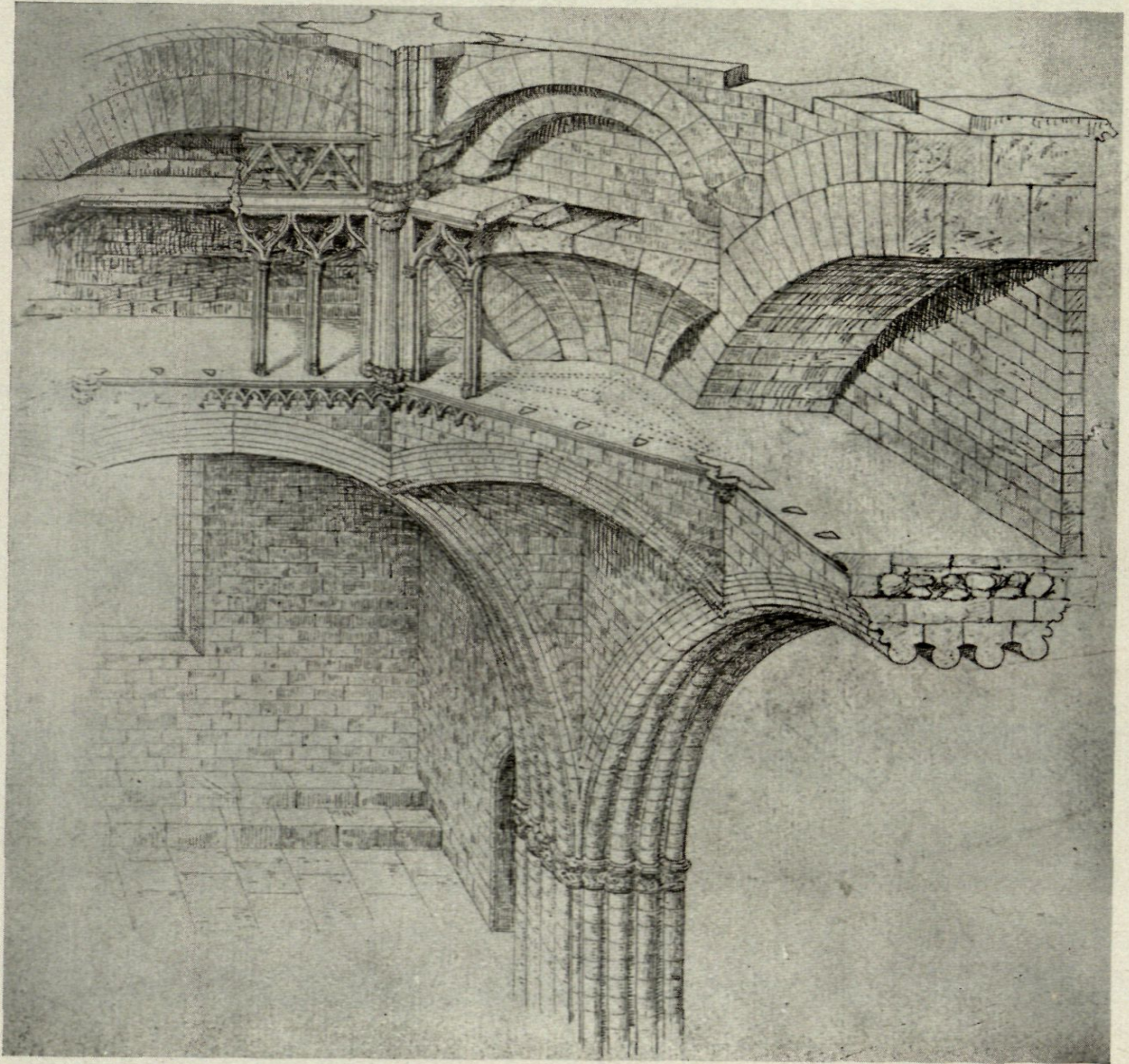
Primer esbozo para el proyecto de restauración  
de Santa María de Villafranca



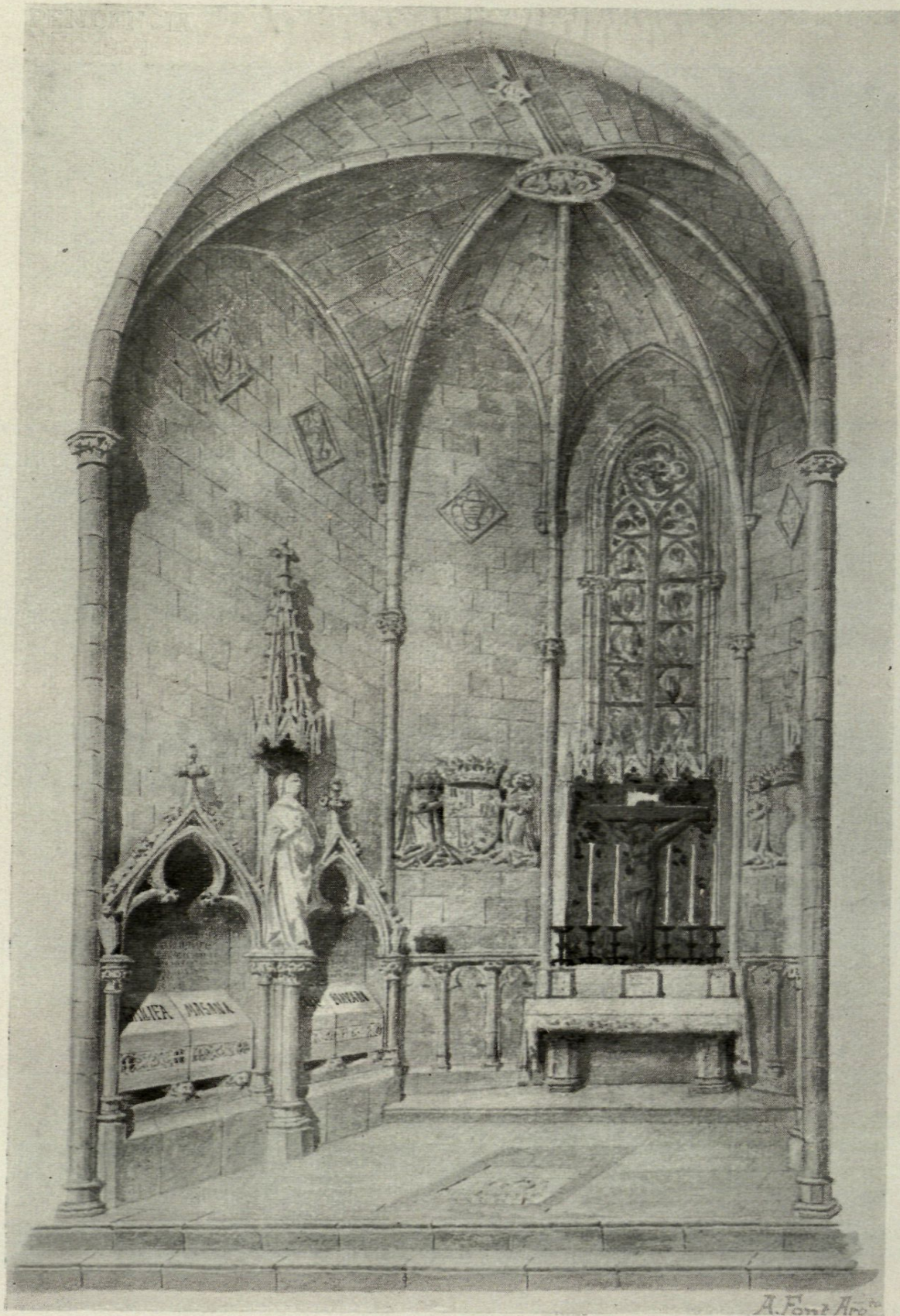
Estudio de fachada para Santa María de Villafranca



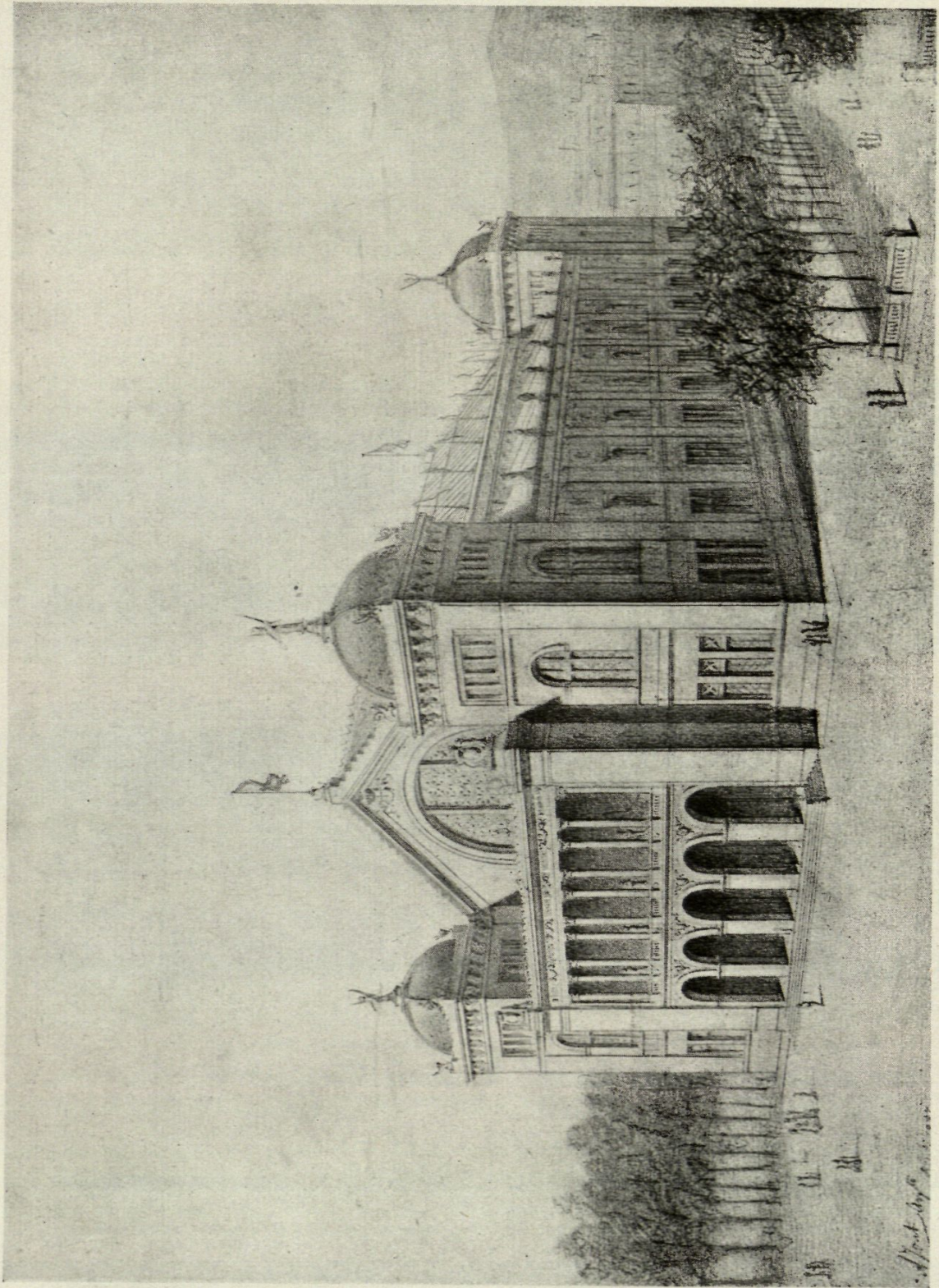
Anteproyecto de Oratorio para D. Antonio Tomás y Alomar (Peralada)



Estudio de estructuras del cimborio de la Catedral (Dibujo a la pluma)

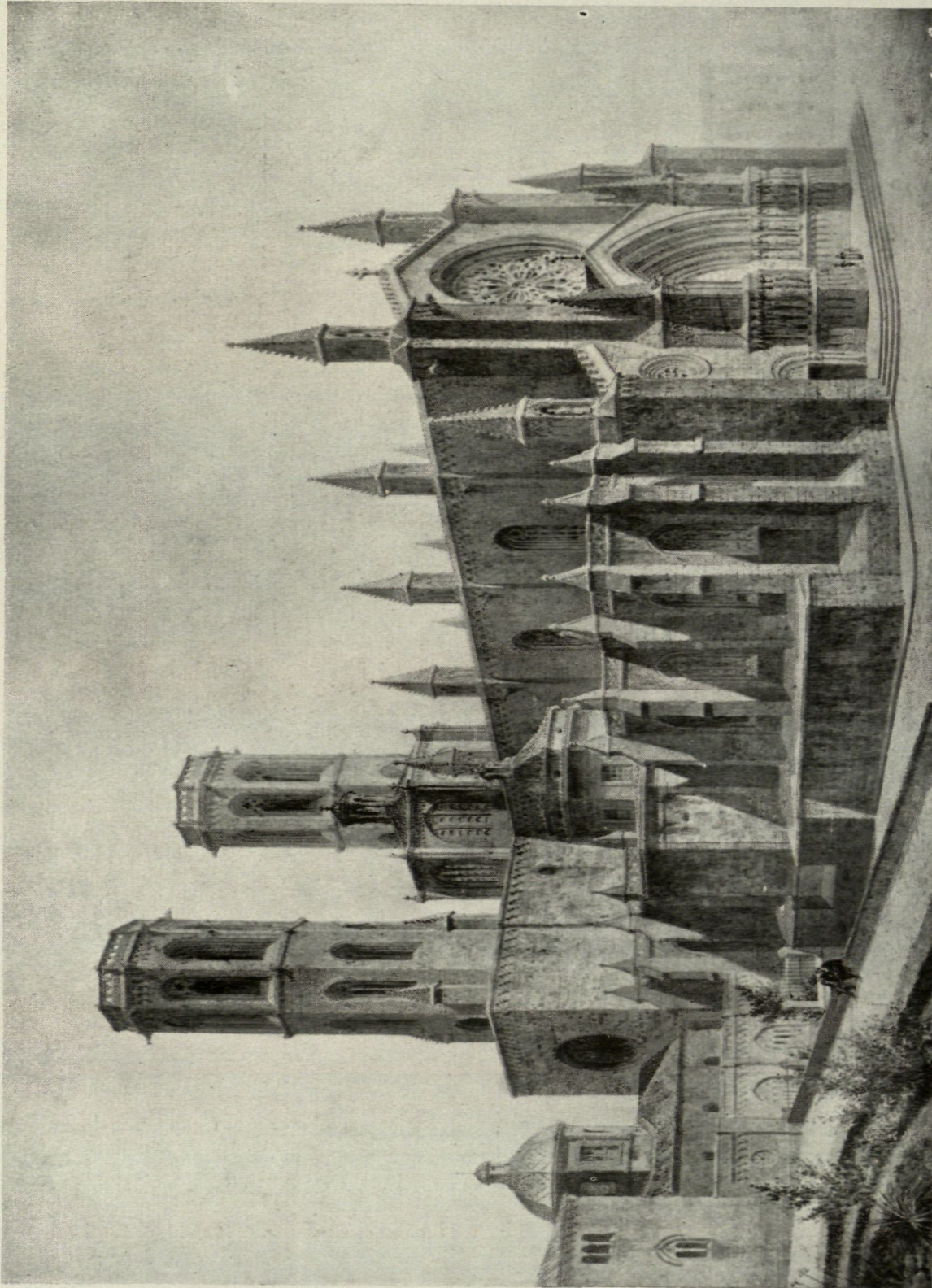


Capilla Panteón de los mártires de la Independencia de 1809 (Cat. de Barcelona)



Vista perspectiva del Palau de Belles Arts para la Exposición Universal de Barcelona de 1888





Proyecto de restauración de la Catedral de Tarragona  
(en colaboración con D. Elias Rogent †)

**EXCLÒS DE PRÉSTEC**

UNIVERSITAT AUTÒNOMA  
DE BARCELONA



Servei de Biblioteques

Reg. \_\_\_\_\_

Sig. KL/ 10775

Ref. 12500